

Fray Bartolomé de Olmedo: la construcción de una figura heroica en el espejo de la literatura y el arte*

ANTONIO RUBIAL GARCÍA

Desde la época de Alberti se había dado por supuesto, aunque no se hubiera formulado de hecho, que el único pintor que merecía tal nombre era el pintor de historia, es decir, de cualquier fábula antigua o moderna, sagrada o profana, que la historia o la poesía, estimadas como estudios liberales, pudieran proporcionar.

Con esta frase, Rensselaer W. Lee pone de manifiesto la importancia que el género histórico tenía tanto para la pintura como para la literatura. Las hazañas heroicas, modelos para enseñar y entretener, podían así ser plasmadas y cumplir su finalidad por medio de imágenes creadas en la imaginación o en un lienzo, cobre o papel. La frase de Horacio *Ut pictura poesis* hacía referencia tanto a esa posibilidad narrativa del pintor como a la facultad de pintar cuadros llenos de colorido propia del poeta. Ambos medios se consideraron desde la Antigüedad clásica como expresiones útiles para difundir enseñanzas de carácter moral. Durante el Renacimiento y el barroco se discutieron las múltiples posibilidades de ambos campos y la riqueza de sus interacciones, así como las cuestiones relacionadas con la imitación, la invención, el decoro y la verosimilitud. En el presente ensayo, quiero mostrar un caso novohispano (aunque inserto en una problemática española) donde se muestra cómo la literatura histórica y la plástica se influyeron mutuamente, aunque a veces sus discursos sobre un mismo hecho tomaron caminos distintos.¹

* Agradezco la colaboración desinteresada que me brindaron Carmen León y Teresa Suárez para elaborar este trabajo.

¹ Rensselaer W. Lee, *Ut pictura poesis: la teoría humanista de la pintura*, Cátedra, Madrid, 1982, pp. 35 y ss.

En 1632 salía en Madrid la primera edición de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, que Bernal Díaz del Castillo había escrito noventa años atrás. La edición había estado a cargo del mercedario fray Alonso Remón, que murió antes de verla concluida, y, al parecer, transcribió la obra con bastante fidelidad respecto al original. Sin embargo, al salir impreso, el texto ya no respetaba exactamente el manuscrito que emergió de la pluma del conquistador cronista. El editor que sustituyó a Remón, el también fraile de la Merced fray Gabriel Adarzo y Santander, introdujo varias interpolaciones en el último momento, muchas de ellas relacionadas con su hermano de hábito fray Bartolomé de Olmedo. En tales agregados (que por supuesto quedaban sacralizados al hacerlos aparecer como salidos de la autorizada pluma de un testigo presencial como Bernal), el mercedario era descrito como el primer evangelizador de Nueva España, colaborador y consejero de Cortés, predicador de la fe cristiana a los indios y cura castrense de los ejércitos que tomaron México-Tenochtitlan y, tiempo después, conquistaron Guatemala al mando de Pedro de Alvarado.² El hecho real de la participación de Olmedo en la gesta conquistadora, apenas esbozado en los cronistas, tomaba en la versión mercedaria de Bernal un tono heroico y unas dimensiones exorbitantes que llegaban al punto de equiparar a aquél con el mismo Cortés. El papel protagónico del fraile y de su actuación quedaba plasmado desde

² Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición de Carmelo Sáenz de Santa María, Madrid, 1982. Esta edición hace un cotejo muy minucioso de todas las versiones del texto de Bernal y en un suplemento recopila las interpolaciones mercedarias.

la portada de la edición, en la cual aparecen el conquistador y el religioso de la misma talla, flanqueando el frontispicio del título. Ellos son la mano y la boca, como dicen los carteles sobre sus cabezas; ellos son la acción y la palabra, la espada y la cruz. Sus escudos de armas (el del marquesado y el de la Merced) y sus hazañas descritas en los otros escudos que los personajes sostienen (el encuentro con Moctezuma y la predicación a los indios) son los emblemas que pregonan sus glorias y que las hacen complementarias.

El efecto de este texto en la literatura y en el arte fue enorme; su contenido formó parte central de la campaña mercedaria que tenía por objeto colocar a esta orden en un destacado lugar en los inicios mismos de la Iglesia novohispana. Formar parte de un hecho fundacional de tales magnitudes podía aportar a la provincia de la Merced permisos para nuevas fundaciones y limosnas reales, además de la preeminencia que se manifestaba en la presencia de sus miembros en lugares destacados en los actos públicos.

Al principio, la interpolación mercedaria apenas se percibió en el arte. Es curioso que una de las primeras pruebas de ella se encuentre en un convento franciscano que se decoraba a mediados del siglo XVII. En efecto, en la portería del convento de Ozumba está pintada una escena (que era común poner en esos lugares) en que Hernán Cortés recibe de rodillas a los doce primeros franciscanos españoles dirigidos por fray Martín de Valencia. Lo sorprendente de esa pintura es que atrás del conquistador aparezca Olmedo de pie, algo nunca antes visto en representaciones del mismo tipo. La escena hace referencia a la interpolación en el texto de Bernal, donde se lee: "[el mercedario] los abrazó e saludó muy tiernamente ... e fray Bartolomé los hospedó por orden de Cortés en una muy buena casa, e se fue a vivir con ellos e los regaló mucho ..."³ Es muy significativo que a mediados del siglo XVII algunos de los miembros de la orden franciscana dieran un lugar tan prominente a fray Bartolomé, sobre todo en una obra que era auspiciada para exaltar a los primeros frailes menores. Tal actitud no será algo fácil de encontrar en adelante.

Unas décadas después de la pintura de Ozumba, el cronista de la provincia de la Merced en Nueva España, fray Francisco de Pareja, se echaba auestas la labor de escribir la historia de su orden en el nuevo continente con un objetivo fundamental: demostrar en ella el papel primordial que Olmedo desempeñó en la conquista. Desde su

palestra, el mercedario lanzó diatribas contra los cronistas de las otras órdenes que no reconocían los múltiples méritos de su correligionario; al agustino fray Juan de Grijalva le reclamaba atribuir a Olmedo tan sólo el mérito de haber bautizado a doña Marina; al dominico Antonio de Remesal le imputaba varias inexactitudes en que caía al hablar de Guatemala y el no referir las hazañas de su héroe; al franciscano Torquemada el haberle dado más importancia al clérigo Juan Díaz que al mercedario. El autor atribuía todas esas omisiones a la envidia. Con base en la versión interpolada de Bernal, Pareja presenta a Olmedo como el primer apóstol de Nueva España (el clérigo Díaz siempre aparece como su subalterno). El fraile predica, bautiza, dice la primera misa y da a conocer los nombres de Cristo y María, labra la primera iglesia en el palacio de Axayácatl y la dedica a la Virgen de la Merced. Cortés y él son como Aarón y Moisés; solicitan a Motecuzoma permiso para levantar un altar cerca del templo de Tlatelolco, y en él Olmedo realiza la primera misa ayudado por Juan Díaz. En ese altar consagrado se colocó la Virgen de los Remedios, la milagrosa imagen que después se venerará en el cerro de Totoltepec. Olmedo fue quien convenció a Narváez de regresar a Cuba; él fue con Alvarado a Guatemala, donde su predicación consiguió el bautizo de sus caciques. A su regreso a México ayudó a edificar el hospital de Jesús, donde fue enfermero.⁴

Aunque la crónica del padre Pareja no recibió la luz de la imprenta, circuló sin duda entre los medios mercedarios y dio argumentos a la orden para defenderla contra los continuos ataques que sufrió a causa de sus pretensiones de ser la primera orden misionera de Nueva España. La crítica más fuerte provino de los franciscanos de Guatemala, quienes se sentían directamente afectados porque se consideraban los primeros evangelizadores de esa región. Para desmentir la versión de los de la Merced, fray Francisco Vázquez, que fungía como cronista de la provincia, junto con un grupo de sus hermanos de hábito, realizó un minucioso cotejo de la edición de 1632 con el manuscrito original de Bernal que estaba en Guatemala. La comparación no sólo mostraba claramente el fraude, sino que además señalaba algunas contradicciones intrínsecas al texto. La más flagrante, sobre todo porque su falta de lógica favorecía la posición franciscana, era la que colocaba a Olmedo en la conquista de Guatemala acaecida en 1524,

⁴ Francisco de Pareja (m. 1687), *Crónica de la Provincia de la Visitación de Nuestra Señora de la Merced, redención de cautivos de la Nueva España*, 2 vols., México, 1882-1883, vol. I, pp. 24 y ss.

³ *Ibid.*, cap. CLXI, Suplemento, p. 54.

al mismo tiempo que lo situaba recibiendo a los doce frailes de San Francisco junto con Cortés en Tenochtitlan.⁵

La obra de Vázquez salió a la luz en 1714 y recibió tanto aclamaciones como críticas. Entre éstas, la más enjundiosa provino del cronista dominico de Chiapas y Guatemala Francisco Jiménez, quien impugnaba las pretensiones tanto de mercedarios como de franciscanos y daba pruebas fehacientes de que fueron los dominicos los primeros que llegaron a Guatemala.⁶ Como se ve, la lucha por conseguir el galardón de introductores de la fe en esas tierras estaba muy reñida.

La polémica historiográfica se había iniciado desde Torquemada, quien, conforme a una vieja tradición franciscana, aseguraba en su monumental *Monarquía indiana* que los bautizos habían sido realizados por Juan Díaz; su argumento central es que tal hecho estaba pintado en la portería del convento de Tlaxcala y que "están todos cuatro juntos [los caciques] bautizándole y señalado el ministro que fue el clérigo Juan Díaz y no fraile".⁷ La alusión de Torquemada y la escena (que fue copiada en el lienzo de Tlaxcala y en la relación hecha por Diego Muñoz Camargo) contradicen lo que menciona Francisco Cervantes de Salazar que reseña el bautizo de Maxixcatzin, aunque sólo el suyo, de manos de Olmedo algún tiempo antes.⁸ Esta misma versión es la que recopiló Antonio de Solís en su *Historia*, impresa por primera vez en 1684, en donde se muestra al cacique tlaxcalteca reconfortado con el auxilio espiritual de Olmedo y muriendo como devoto cristiano.⁹

En forma paralela, la figura de Olmedo y su leyenda recibieron una gran difusión por medio de las imágenes que permitieron que se les diera un uso múltiple. Con ello la imagen de Olmedo muy pronto traspasó el ámbito mercedario y se plasmó en obras patrocinadas por indios y por españoles.

⁵ Francisco Vázquez, *Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala de la orden de Nuestro Seráfico Padre San Francisco en el Reino de Nueva España*, edición de Lázaro Lamadrid, 4 vols., Tipografía Nacional (Biblioteca "Goathemala" de la Sociedad de Geografía e Historia, 14-17), Guatemala, 1937-1944, vol. I, p. 23.

⁶ Francisco Jiménez, *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la Orden de Predicadores* (compuesta entre 1721 y 1722), citado por Carmelo Sáenz de Santa María, introducción a Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. XXII.

⁷ Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, 7 vols., edición de Miguel León Portilla, UNAM, México, 1975-1983, libro IV, cap. 80, vol. II, p. 246.

⁸ Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, México, Porrúa, 1985, libro V, cap. XXXIII, p. 559.

⁹ Antonio de Solís y Rivadeneira, *Historia de la conquista de México*, Francisco Foppens, Bruselas, 1704, libro V, cap. V, p. 475.

En el ámbito indígena tenemos un ejemplo excepcional en el bautizo de los caciques de Tezcoco del bautisterio del templo de Tonantzintla. El cuadro fue pintado por Gregorio José de Lara (conocido también con el sobrenombre de El Mixtequito) alrededor de 1755 y narra, según cuenta la cartela, el bautizo del rey de Tezcoco por Bartolomé de Olmedo —de quien se dan pormenorizadas referencias—, y señala que ello aconteció después del regreso de este fraile de Guatemala.¹⁰ En este caso, la narración pictórica fusionó dos tradiciones escritas de diversa procedencia. La primera tuvo su origen en una fuente indígena, el *Códice Ramírez* (transcrito en la *Segunda relación* del jesuita Juan de Tovar), según la cual el bautismo de Ixtlixóchitl, señor de Tezcoco, tuvo lugar antes de que Cortés hiciera su primera entrada a Tenochtitlan (1520). Aunque en esa fuente no se dice que el sacerdote que lo bautizó fuera Olmedo, la referencia dejaba una puerta abierta para atribuírselo.¹¹ El paso siguiente lo dio Antonio de Solís, quien en su difundida *Historia de la conquista de México* señala al mercedario como el ministro del sacramento que convirtió al señor indígena en cristiano, después de que Cortés y el fraile lo convencieron.¹² El dato lo refiere de nuevo fray Cristóbal de Aldana, cronista mercedario del siglo XVIII, que describe así el hecho del bautizo del señor de Tezcoco: "Determinó Cortés volver contra México, y haciendo alto en Tezcoco, sujetó aquella ciudad, y logró el P. Olmedo la conversión de Yxtlilxuchitl, a quien puso por nombre en el Bautismo D. Fernando; y Cortés le dio la Corona de aquel Reino desposeyendo de ella a su hermano."¹³ Es de notar que las tres fuentes colocan el hecho antes de la caída de Tenochtitlan y que el único personaje bautizado en la escena es el rey. La segunda tradición parte del *Compendio histórico del reino de Texcoco*, de Fernando de Alva Ixtlixóchitl, donde se señala que esta ciudad fue el primer sitio donde se plantó la ley evangélica y que el antepasado del autor, el rey Ixtlixóchitl, con el nombre de Fernando (en honor del rey

¹⁰ Fernando de Alva Ixtlixóchitl, *XIII relación*, en *Obras históricas*, 2 vols., edición de Edmundo O'Gorman, vol. II, p. 492.

¹¹ *Códice Ramírez. Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España según sus historias*, edición de Manuel Orozco y Berra, Leyenda, México, 1944, pp. 187 y ss, citado por Edmundo O'Gorman en su introducción a las *Obras históricas* de Fernando de Alva Ixtlixóchitl, 2 vols., UNAM, México, 1985, vol. I, p. 9.

¹² Solís, *op. cit.*, libro V, cap. XII, p. 517. Con todo, resulta difícil pensar que Olmedo, pese a lo quisquilloso que era en cuanto a los asuntos de religión, tanto en la administración sacramental como en lo relativo a poner cruces e imágenes, hubiera permitido esos bautizos.

¹³ Cristóbal de Aldana, *Crónica de La Merced de México*, México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, 1929 [ed. facsimilar].

católico) y bajo el padrinazgo de Cortés, recibió el bautismo de manos de fray Martín de Valencia en 1524. Después de él, fueron bautizados su hermano Cohuanacochtzin, llamado don Pedro, con sus hermanos legítimos y naturales, tíos, primos y deudos, su madre —a quien le pusieron María por ser la primera cristiana— y su esposa.

En la pintura de Lara parece describirse esta narración de Ixtlixóchitl, pues un grupo de señores con diademas y dos mujeres esperan recibir las aguas bautismales, frente a varios españoles que los observan y que llevan un estandarte y lanzas. Es interesante tanto el tratamiento de los paños, de las armaduras y del paisaje (con árboles, la ciudad, la laguna y una barca donde viajan dos dignatarios

nativos), como el realismo de los rostros de españoles, y sobre todo de los indios, que llegan a ser verdaderos retratos. Los caciques de Tonanzintla que mandaron pintar el cuadro debieron de ver en la conveniencia de los gestos, en la mano levantada en señal de bendecir de uno de los señores indígenas y en la dignidad con que éstos sostienen sus atributos de mando, un reflejo de lo que ellos mismos, como gobernadores de sus pueblos, pretendían ser. Sin embargo, el cuadro se aleja de la narración del cronista indígena respecto a quien fue el ministro, pues en lugar de Valencia se colocó a Olmedo. Pero esto tenía una razón de ser: pintar a Olmedo era remitir la conversión de los indios caciques a la época misma de la conquista, era volverlos tan importantes como Cortés y los conquistadores al considerarlos actores de un hecho que marcaba la fundación del reino de Nueva España; además, de nuevo, la versión pictórica solucionaba las contradicciones de las fuentes al crear una síntesis de todas. Lo incomprensible es que se incluyera el dato improbable de que esto sucedió después de su regreso de Guatemala (1524), fecha demasiado tardía, más aún cuando ya se encontraban los franciscanos en México. En todo caso, para los patronos indígenas la precisión histórica pasaba a un segundo término, pues lo importante era la finalidad didáctico-política encerrada en el mensaje: con un cuadro de bautizos múltiples, los caciques indios y sus familias ratificaban su presencia en un hecho fundacional de la



Portada de *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, 1632

Nueva España y avalaban, con la aceptación del cristianismo por sus antepasados, sus derechos de gobierno y sus privilegios.¹⁴

Junto al ámbito indígena, la presencia de Olmedo llegó también a generar variadas representaciones desde fines del siglo XVII patrocinadas por el mundo español. Entre las más destacadas se encuentran los cuadros enconchados llamados de la conquista, sobre todo los firmados por Miguel González, posiblemente un peninsular radicado en México. Muchas de sus obras han sido asociadas con el virrey conde de Moctezuma, cuyo interés por los temas de la conquista pudieron provenir de su título nobiliario y de la vinculación que su mujer tenía con la familia real mexicana. En dos de estas series la presencia del

fraile mercedario es tan constante como reiterada y expresa la gran difusión que tenía para entonces la leyenda olmediana. En la serie del Museo de Bellas Artes de Buenos Aires, el panel IV está casi todo dedicado a Olmedo; en él, el fraile aparece bautizando a ocho indias que el cacique gordo había regalado a los españoles, predicando a un grupo de naturales y presenciando el derrocamiento de los ídolos en Cempoala. En el cuadro XIII, la presencia de Olmedo es también central; en la cartela se explica: "Va el capitán general con sus capitanes al gran cu de Tlatelolco. Sahúma el emperador Moctezuma a sus ídolos ... Fray Bartolomé replica el sacrificio que se está haciendo." Es también notable el panel XIX de la misma serie, que representa el cuestionado bautizo del señor de Tezcoco, cuya celebración sitúa como lo hacen los cronistas, antes de la entrada a Iztapalapa. Cortés, el padrino del señor, pone su mano sobre el hombro del ahijado que recibirá también su nombre junto con el agua bautismal.¹⁵

Esta misma presencia puede notarse en una de las series que se encuentran en el Museo de América de Madrid

¹⁴ Una mención a la cartela y a esta pintura se halla en Antonio Rubial, *Santa María Tonantzintla, un pueblo, un templo*, Gobierno de Puebla-Universidad Iberoamericana, México, 1991.

¹⁵ Estos cuadros se expusieron recientemente en México y hay una reproducción de ellos en Marta Dujovne, *Los enconchados de la conquista de México*, Museo del Carmen/Tamsa/Siderca, México, 1998.

firmadas también por Miguel González y por su hermano Juan. Aunque en muchos de los paneles aparece el mercedario, son notables tres de ellos: el 8, donde Olmedo está representado en dos escenas: en una contempla la humillación de Moctezuma ante Cortés y en la otra, cubierto con un sombrero clerical del siglo XVII, parece rechazar, junto con Cortés, la oferta que les hace Xicoténcatl de sus hijas; el 9, en que el mercedario y el clérigo Juan Díaz se encuentran a caballo detrás de Cortés en el momento de llegar a Tenochtitlan, ambos ataviados con vistosos sombreros que contrastan con las armaduras de los conquistadores, y el 14, donde el religioso predica a Moctezuma, quien lo arenga desde su trono.¹⁶

Sin duda la presencia de Olmedo en los enconchados está tomada en parte de la edición de Bernal de 1632, pero la mayor influencia procede sin duda de la *Historia* de Solís publicada en 1684 y que fue objeto de varias ediciones posteriores. Como en otras crónicas, el Olmedo de Solís es un hombre cauteloso que recomendaba siempre a Cortés que no insistiese en los bautizos y en la imposición del cristianismo hasta que los conversos poseyeran mayores conocimientos sobre la nueva fe. Además de mostrarlo como uno de los más fieles colaboradores del conquistador, el cronista oficial resalta la labor de Olmedo como emisario ante Pánfilo de Narváez, además de presentarlo como un evangelizador, tal como lo muestra la visión mercedaria: en una escena del principio de la conquista, intenta convertir a los embajadores de Moctezuma y después procura persuadir al mismo emperador de que se bautice, con nulos resultados, cuando está a punto de morir víctima de la pedrada fatal. Ya hemos visto igualmente las menciones que el cronista oficial hace a su intervención en los bautizos de los señores de Tlaxcala y Tezcoco.

En el siglo XVIII, la *Historia* de Solís había alcanzado ya tal fama que fue objeto de múltiples ediciones, dos de ellas ilustradas con grabados. La más interesante es la de 1783, no sólo por la cantidad y calidad de sus planchas, sino porque además se corresponde con una serie de pinturas sobre cobre que hoy se encuentran en el Museo de América de

Madrid. En estas imágenes, insertas plenamente en el ámbito hispánico, Olmedo está integrado al discurso oficial de la conquista, discurso que, con Solís, se dedicó a exaltar la grandeza de España y de las hazañas de sus hombres. Aunque importante, el Olmedo de este discurso era sólo una pieza más de la enorme actividad épica desplegada por España. Ello explica por qué, en la serie y en los grabados, sólo tres de los veinticuatro están dedicados a él: en el primero, el fraile observa sentado la destrucción de los ídolos en Cozumel y con una mano sobre la frente expresa su consternación ante el irreflexivo acto de Cortés, quien lo observa con una actitud entre retadora y displicente; en el segundo, Olmedo bautiza al cacique de Tezcoco ante la presencia de Cortés y de otros españoles, mientras unas indias afrancesadas los observan en el fondo; en el tercero, el mercedario bendice los bergantines antes de la toma de Tenochtitlan con dos indios a sus espaldas y varios españoles distraídos al frente.¹⁷

La presencia de Olmedo en la pintura y en la literatura nos permite no sólo descubrir los fuertes vínculos entre ambas formas narrativas, sino también comprobar el efecto de las obras históricas en la conciencia corporativa, mucho más, quizás, que en el ámbito de la masa iletrada. Tanto la pintura de tema histórico como la crónica tenían como función primordial el enseñar comportamientos morales por medio del ejemplo de los hombres virtuosos y valientes del pasado, y esa enseñanza se dirigía por lo general a los clérigos y laicos cultivados. Pero a menudo, junto a este objetivo didáctico moralizante, se presentaba otro de carácter más mundano, más político. En el caso que hemos reseñado, los hechos que mostraban a Olmedo con tan heroicos rasgos como argumentos para colocar a la orden mercedaria a la cabeza del proceso evangelizador de Nueva España y de Guatemala. Tal papel se traducía no sólo en prestigio y preeminencia frente a las otras órdenes religiosas, sino también en ventajas y privilegios de la corona. Su conciencia corporativa se veía reforzada con la gloria de ser la primera orden religiosa en llegar a Nueva España y eso le merecía distinciones. Claro está que no siempre la corona se dejó convencer con tales argumentos y sus pretensiones se quedaron sólo en un sueño, sueño que, sin embargo, quedó plasmado en letras y en imágenes como muestra de la colaboración estrecha entre el arte y la literatura. ♦

¹⁶ María Concepción García Saiz, *La pintura colonial en el Museo de América. II. Los enconchados*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1980. En la serie firmada por Miguel y Juan González, que se compone de 24 tablas, se incluye a Olmedo en las siguientes: 2, 4, 5, 7, 8, 9, 14, 22 y 24, aunque el mayor protagonismo lo tiene en la 14, con la escena 29: "Predica la Fe Fr. Bartolomé de Olmedo a Motehuma." En una segunda serie del mismo museo, de seis grandes tablas, Olmedo aparece en la 2 ("Fraile Bartolome de Olmedo Baptiza siete indias") y en la 6, acompañando a Cortés. Agradezco a la autora de este catálogo una comunicación por e-mail con estos datos.

¹⁷ Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, 2 vols., Imprenta de Antonio de Sancha, Madrid, 1783, vol. I, p. 79; vol. II, pp. 309 y 381.